

La intuición entrañable de Juan Francisco Sans

Silvia Cabrelles Martinelli
Ópera de Cámara de Costa Rica
Costa Rica

silviacabrelles@yahoo.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.8266406>

Pianista venezolana, formada y titulada como Profesora Ejecutante de Piano en la Escuela Superior de Música José Ángel Lamas de Caracas y en la Escuela Superior de Música de Wuppertal, en Alemania. Maestría en Musicoterapia por la Universidad de Cuyo, Argentina. Actualmente se desempeña como pianista acompañante y docente del instrumento. Desde 2019 trabaja en la Ópera de Cámara de Costa Rica como pianista repertorista de los montajes de óperas y zarzuelas dirigida por la soprano costarricense Anayanci Quirós Arce.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4874-7344>



La intuición entrañable de Juan Francisco Sans

Resumen

Juan Francisco Sans (1960-2022), además de ser emblema de una generación de compositores, directores y musicólogos prolíficos, desarrolló a lo largo de su vida musical la virtud más importante y útil para el desarrollo de la música en Venezuela: el constante arte del servicio abnegado y orientador hacia sus alumnos y colegas, a través de su observación empática, analítica y sensible.

Palabras Clave: Juan Francisco Sans, Escuela de Música José Ángel Lamas, Coro Sinfónico de Costa Rica

The endearing intuition of Juan Francisco Sans

Abstract

Juan Francisco Sans (1960-2022), in addition to being an emblem to a generation of prolific composers, conductors, and musicologists, developed throughout his musical life the most essential and valuable virtue for the development of music in Venezuela: the constant art of self-sacrificing and guiding service towards his students and colleagues, through his empathetic, analytical and sensitive observation.

Keywords: Juan Francisco Sans, Escuela de Música José Ángel Lamas, Coro Sinfónico de Costa Rica

Lo veía pasar por la Universidad Central de Venezuela y los conservatorios de Caracas, fugaz y al mismo tiempo tan cálidamente presente, con enormes ojos caleidoscópicos, que apenas pestañeaban porque no perdían ningún detalle del entorno... de repente y sin aviso Juan Francisco hablaba, y un rey Midas de la música transformaba el mundo de la persona con quien tuviera contacto en un gran proyecto. ¿En qué momento de tu temprana infancia entendiste la vida como el descubrimiento de un cofre de tesoros humanos que necesitaban de tu sensible toque para orientarlos?

Mi curioso primer encuentro con él tuvo lugar en los años 70, en el Colegio Humboldt, en una competencia de lectura dramatizada. Como niña, no podía creer que ese adolescente serio y concentrado que veía pasar casi imperceptible en los recreos, tuviera una fuerza expresiva tan particular declamando el escrito que se le había asignado, y cuyo texto era más bien árido y pueril en su contenido. Consiguió extraer, de esa simple lectura, matices de colorido encanto, solo con su voz y esos silencios que embellecían y marcaban la rítmica de cada frase. Por supuesto, obtuvo el primer premio y toda mi admiración a partir de ese momento.

Cada vez que mi tácito y silencioso amigo aparecía, me sorprendía. Supe que era artista coincidiendo en los pasillos de la Escuela de Música Juan Manuel Olivares, y viéndolo sonreír por primera vez (estaba en su elemento: la música, y en su lugar de acción). Comprendí el pianista que era, cuando interpretó impecable y amorosamente una obra de Franz Liszt en la televisión. Me enteré que era compositor, cuando el mandolinista venezolano Iván Adler me pidió acompañarle al piano una de sus obras más exquisitas, *Canto Aborigen*, cuyo original era para flauta y arpa. En otra ocasión, lo escuché como arreglista y director musical en un disco histórico de villancicos y aguinaldos venezolanos inéditos. En una revista científica y musical volví a asombrarme leyendo su investigación y análisis de la sonata en Latinoamérica, y me di cuenta que era un soberano musicólogo. A partir de allí, entendí que todo era posible en el universo de Juan Francisco Sans.

Pero lo más trascendental de este "Caballero de las Artes", sucedía cuando se activaba en él -de improviso, como un mensaje oracular-, la habilidad de detectar el talento insatisfecho de alguien que se cruzara en su camino, y entonces equiparle de herramientas suficientes para su transformación. Es en este punto donde puedo escribir mi experiencia directa con el sensible "Pico", como lo llamaban sus amigos.

Aunque nos conocíamos de vista en el Colegio, en los conservatorios y en los conciertos, nunca nos habíamos comunicado más allá de un saludo espontáneo. Hasta que un día, en ese portón histórico de madera colonial de la Escuela de Música José Ángel Lamas en el corazón de Caracas, me preguntó con cariño si podía sustituirle como pianista acompañante de unos cantantes franceses que venían de paso por Venezuela. Por aquellos días acababa de recibir mi titulación como profesora ejecutante de piano, y justamente atravesaba una fase de desaliento postgraduación. Como es de imaginar, no podía creer el privilegio que esa oportunidad representaba, y menos el impulso que redireccionó mi camino hacia el arte de la música de cámara. En una suerte de inconsciente colectivo empático, Juan Francisco dio rienda suelta a su innato instinto de servicio, percibiendo la tristeza invisible de una joven pianista desorientada en el torbellino de un mundo indiferente, y, al instante, regalándole un desafío luminoso, la plataforma dorada de impulso a la experiencia más valiosa del arte de los sonidos: hacer música con otros.

Años más tarde a mi llegada a Costa Rica, Juan Francisco apareció nuevamente, ya no en persona, pero de una forma igualmente poderosa. A comienzos del nuevo siglo

vivió dos años en San José, dejando su talento y humanidad indeleble en los movimientos sinfónicos y corales, especialmente en las vivencias directas con dos de los más importantes músicos del país: el doctor Jorge Acevedo, eminente etnomusicólogo, compositor y director coral -con quien estrenó algunas de sus obras maestras, dirigiéndolas y haciendo una notable labor docente en las orquestas-, y la reconocida soprano Anayanci Quirós. Ella, también da testimonio de la grandeza y sencillez de Juan Francisco al tener a su cargo el Coro Sinfónico de Costa Rica, y verlo trabajar como un compañero más, siempre enseñando y aprendiendo vorazmente a la vez. Hicieron juntos el montaje de dos zarzuelas donde los músicos alucinaban por la dimensión solidaria de este multifacético venezolano, que no solamente dirigía, sino también transformaba los ensayos y conciertos en mágicos encuentros de almas vibrando al unísono. Nada más y nada menos, este ha sido su legado en una Costa Rica musical que, aun hospedándolo poco tiempo en su territorio, nunca lo podrá olvidar.

Al recibir el impacto de la noticia de su partida, muchos recordamos con ternura y estupor, su último escrito en una de las redes sociales, donde anunciaba la publicación de tres orquestaciones suyas, sumadas a la copiosa lista de sus trabajos, dando la dirección de su perfil e invitando a interpretarlas y grabarlas sin restricciones, ya que las registró bajo una licencia que permitía el manejo público y libre de este legado. Luego de regalarnos todas las posibilidades para hacer uso de sus obras, se despidió con sus mejores deseos de que las disfrutemos. Con solo esta discreta acción y su abismal desenlace un par de meses después, no hay lugar a dudas: Juan Francisco Sans partió sonriéndonos y de nuevo se hizo la luz.